



Universidad  
Carlos III de Madrid



Versión “preprint” del documento publicado en:

La masonería abre sus puertas. Madrid: Gran Logia de España; Atanor, 2012, pp. 461-478



# FILOSOFÍAS DE LA MASONERÍA CLÁSICA<sup>1</sup>

Dr. Iliá Galán Díez, Universidad Carlos III de Madrid.

Palabras clave: Masonería; Regularidad; Liberal; Reconocimiento; Filosofía.

¿Cuál es la esencia de la Francmasonería?, ¿tiene sentido esta pregunta?, ¿acaso las instituciones no son construcciones humanas sin esencia alguna?, ¿qué es entonces lo más característico de la masonería y en especial la representada por la Gran Logia de España?

Cuando se intenta saber qué es algo, tal y como ya nos enseñara Sócrates, buscamos cercarlo, distinguirlo de otras cosas y seres, analizarlo, definirlo. Una definición absolutamente exacta para algo es imposible porque casi todo admite más matices y una reelaboración, una redefinición, otro modo de expresarlo, de decirlo e interpretarlo y, por su puesto, también así sucede con las letras que el lector tiene ahora delante, transformadas en su mente por pensamientos, más o menos cercanos a lo que el autor quiso expresarle. Con las instituciones todavía es más difícil definir las porque no son exactamente como los seres vivos, con límites bastante definidos y con una muerte sin posibilidad de retorno, mientras que las instituciones a veces mueren y resucitan, se mezclan con otras y van mutando con el tiempo, pues son artefactos, un entramado de ideas, normas y sus efectos, construcciones, edificios, pinturas, actividades, omisiones... Pero a la vez están también tejidas no por una, sino normalmente por muchas personas que en ellas van dejando su impronta, transformándolas, a veces incluso cambiándolas completamente como sucedió con la Inquisición si la comparamos con la originaria Iglesia de los primeros discípulos de Cristo o de otras épocas.

Los afectos, interpretaciones, sueños proyectados de los que pertenecen a una institución, sus voluntades y deseos se tejen unidos a los filamentos de la institución de la que son estructura fundamental sus miembros, pero parte de ello siempre queda oculto en las interioridades de cada cual.

Además, instituciones míticas como la francmasonería no sólo son lo que dicen sus estatutos y organizaciones, ni sólo lo que hacen sus miembros, sino también lo que en ese entramado se funde y confunde con lo que piensan otros de ello, con lo que imaginan que es, con sus críticas... Las instituciones son oficialmente una cosa y otra lo que piensan los demás de ellas, dirá más de uno, pues muchos hay que no las comprenden o las odian. Sí, pero ese pensamiento difuso, ese imaginario o esos arquetipos, como diría Jung, se funde y confunde también con los pensamientos de algunos miembros y con lo que realmente son, si bien no es lo fundamental. En algún sentido, también las instituciones, iglesias, partidos políticos, gobiernos, etc., se tejen también de modo externo, como si de un aura se tratase, con lo que otros conciben de ellas, críticas y alabanzas, imaginaciones, mentiras y verdades. Pero esto sólo es así, si lo es, en un sentido extremadamente amplio y para ello intentamos definir y aclarar lo que es más propiamente una de esas instituciones, como la Gran Logia de España.

---

<sup>1</sup> Editado por primera vez en el libro colectivo: *La masonería abre sus puertas*, Gran Logia de España y Atanor, Madrid, 2012, págs. 461-478. Reeditado en: Editado en el libro: *Francmasonería (Pensamiento, historia y estética)*, Oviedo, EntreAcacias, 2016, págs. 83-104.

La clave del edificio mental, de la definición, por la que creemos saber lo que una institución es podríamos verla en aquello en que ella misma se reconoce como tal y de este modo la define y expresa “esencialmente” ante los demás. Así, los masones dicen que lo son no tanto porque tengan un documento acreditativo sino porque como tales les reconocen sus hermanos, es decir, los demás miembros de la francmasonería. De modo similar sucede con los billetes o monedas, que sólo lo son realmente y con ese valor que detentan en cuanto son reconocidos y valorados como tales, pero si hay una crisis de confianza o el gobierno cambia de referencias pueden dejar de serlo. También sucede de manera similar con un rey pues reina mientras su pueblo –o las fuerzas más poderosas del país- así lo considera y admita, ya que cuando no es así, se le destrona y ya no se le considera rey, puesto que no es algo real sino imaginario y compartido lo que a uno le da un trono o una presidencia. La masonería así es tal por la confianza en su definición por parte de sus miembros. Pero entonces, ¿de qué miembros hablamos? Porque dicen que hay muchas obediencias de francmasones o grupos que así se denominan, aspirando todos ellos a ser sucesores de aquellas logias que se unieron formando la institución, a su vez como reunión de logias o pequeñas núcleos institucionales, en 1717 en Londres. Aunque ya las había mucho antes y tenemos constancia de esa masonería especulativa –transmutada de aquella que construía catedrales- en torno a un siglo antes en varios lugares de Europa, como Francia, aunque de origen inglés o irlandés. De ese grupo originario que se federó en 1717 formando la Gran Logia Unida de Inglaterra tomarían ejemplo otras y así, pronto se elaboraron normas o sistemas de referencia, unos mojones o *landmarks* que aclaraban lo que eran y sus propósitos, asimismo fueron cristalizando los antiguos rituales y aparecen las Constituciones de Anderson, en 1723, marcando con claridad su específico modo de ser, sociedades que se distinguían de otras con cierta seguridad.

¿Cómo definir entonces la masonería o francmasonería –ambas palabras las define como sinónimas? Según el diccionario de la Real Academia Española, masonería viene del francés, *francmaçon*; dicha Academia no relaciona el término con el inglés *freemason* o constructor libre. La definición que nos da de masonería es: “Asociación secreta de personas que profesan principios de fraternidad mutua, usan emblemas y signos especiales y se agrupan en entidades llamadas logias.” Según esto, unos grupos cristianos perseguidos y que se reúnen en secreto podrían ser también masones, pero dice que se reúnen en logias como algo diferencial y volvemos a mirar dicho diccionario cuando nos encontramos con que su definición es: “Local donde se celebran las asambleas de francmasones./ Asambleas de francmasones.” Así que nos vamos a la definición de masón o francmasón y dice: “persona que pertenece a la masonería.” De modo que el círculo se cierra como si de un significado secreto se tratase sin grandes aclaraciones, como una serpiente que se mordiese la cola, es decir, como una definición malograda, fracasada o simplemente imposible. Pero tal vez no sea tan terrible. ¿Es esto propio de una asociación secreta? No tiene por qué; de hecho, en las sociedades democráticas y libres ya no son instituciones, como tales, secretas, sino que sus dirigentes son conocidos y su institución es reconocible públicamente, de modo que son más bien discretas. Otra cosa es que sus miembros se reúnan secretamente o no comenten lo que hacen o que guarden secreto, pero también lo hacen los cardenales, los abogados, los médicos, los políticos, algunos comités empresariales, etc., y no por ello son logias masónicas.

Digan o no, con las definiciones, como instrumentos que son, siempre nos hallamos ante una aproximación. El *Diccionario Enciclopédico de la Masonería*, Buenos Aires, Editorial Kier, 1962, dirigido y redactado por notables masones de la más alta jerarquía

en su institución, dice a propósito de la definición con la voz “masonería”: “Es lo mismo que Francmasonería y todos los autores la definen distintamente, si bien en el fondo, la declaran un sistema de moral dentro del que caben principios y creencias de todos los amantes de la humanidad y del progreso y dotados de rectitud de criterio y buena voluntad.” Ese mismo diccionario especializado define la Francmasonería de un modo más amplio, aun siendo sinónimo, y así dice: “Es una asociación universal, filantrópica, filosófica y progresiva; procura inculcar en sus adeptos el amor a la verdad, el estudio de la moral universal, de las ciencias y de las artes, desarrollar en el corazón humano los sentimientos de abnegación y caridad, la tolerancia religiosa, los deberes de la familia; tiende a extinguir los odios de la raza, los antagonismos de nacionalidad, de opiniones, de creencias y de intereses, uniendo a todos los hombres por los lazos de la Solidaridad y confundiéndolos en un tierno afecto de mutua correspondencia. Procura, en fin, mejorar la condición social del hombre, por todos los medios lícitos y especialmente por la instrucción, el trabajo y la beneficencia. Tiene por divisa *Libertad, Igualdad, Fraternidad.*”

Aquí, sin duda, tenemos más información aunque habría que añadir algo importante y característico, especialmente hoy que hay tantas instituciones con similares propósitos, y es que enseña mediante símbolos y con un sistema ritual derivado de los constructores de catedrales, con ceremonias específicas que mantienen con carácter secreto para conseguir el perfeccionamiento espiritual de sus miembros.

Estos rasgos aquí esbozados los reconocen como propios casi todos los que se denominan masones, sean de una obediencia, de una orden o federación o de otra, de un país o de otro, de cualesquiera estilos.

¿Es la Gran Logia de España entonces una institución de la Francmasonería? Aunque diga, de España, ni por sus propósitos ni por los que en ella trabajan se reducen a España y por ello no se opone al elemento universal, ya que se trata simplemente de una institución administrativa. Lo esencial está en las logias.

Pero, si esto es común a todas o casi todas las instituciones que se dicen masónicas, ¿qué diferencia a unas de otras? De modo similar a lo ocurrido en otras instituciones de antigua raíz, con el tiempo van evolucionando y por diferencias de planteamiento, personales o políticas, a veces surgen escisiones. Sucede con la masonería de manera análoga a como en el cristianismo la Iglesia católica y universal sufrió primero el cisma ortodoxo y, siglos después, la escisión protestante que luego, a su vez, se dividió en numerosos grupos, formas de entender la religión cristiana y hasta sectas (anglicanos, luteranos, episcopalianos, presbiterianos, calvinistas, metodistas, cuáqueros, pentecostales, evangélicos y un sinfín de variedades, algunas de las cuales se han convertido en sectas en las que es difícil reconocer incluso su parentesco con la Iglesia unida de la que partían en el medievo).

De la constitución de la Gran Logia Unida de Inglaterra, en 1717, surgieron otras que iban reconociéndose como tales en diversos países. Esto no significa que no hubiese masonería en diversas naciones antes de dichas fechas, pues la había y ya hacía tiempo que habían dejado de construir catedrales y se dedicaban más bien a trabajos especulativos, intelectuales, pedagógicos, etc., como ahora, y elaboraban esa estructura ritual como camino iniciático para aprender por medio de sus especiales ceremonias en las que, por otra parte, intervenían también los afectos y la voluntad de los presentes.

Sabemos de logias muy anteriores, muchos años antes, y así en Francia el Gran Oriente vincula su origen a una logia que procedía de la Guardia Real irlandesa, en 1688, con la aparición de los Estuardo en ese país. En Francia se da una gran efervescencia en la creación de logias y en 1738 se unen en una misma asamblea formando: *La Grande Loge de France*, con el Duque de Antin, Louis de Pardoillan de Gondrin, como Gran Maestro. Pero con el tiempo, por disensiones internas, se crea décadas después *Le Grand Orient de France*, y así van a convivir dos obediencias o dos organizaciones masónicas en el país galo hasta la Revolución. Entre sus miembros habrá una parte importante de los más importantes representantes de la Ilustración en lo intelectual y en su dimensión práctica y política, lo que demuestra la importancia de la francmasonería gala en el siglo XVIII: Montesquieu, Diderot, Voltaire, Helvetius, Condorcet, d'Alambert, Andre Chenier, Mirabeau, Beaumarchais, Joseph de Maistre, Beauharnais, La Fayette, el abate Sieyès, Camille Desmoulins, Danton, Marat, Talleyrand, Massena, Montmorency, Calonne, entre otros. Es decir, muchas de las figuras claves de la mítica *Enciclopedia*, intelectuales fundamentales en la Ilustración y en la defensa de las ciencias y de la razón. Entre aquellas filas o columnas de masones se hallaban revolucionarios y realistas, católicos y protestantes, clero y descreídos... Pero casi un siglo después, en 1877, es cuando surge el gran cisma por el que el *Gran Oriente de Francia* decide abolir la fórmula y las referencias al Gran Arquitecto del Universo o Dios que impregnaban los rituales, es decir, eliminar el gran referente divino y trascendente, a fin de abrir las logias abiertamente a aquellos que se declaraban explícitamente ateos y que antes, en principio, tenían vedada la entrada –aunque algunos materialistas e incluso ateos famosos fueron masones, como Holbach, si bien en algunos casos se diesen tales creencias posteriormente a su introducción en la masonería-.

Como la referencia a Dios, a menudo representado como Gran Arquitecto del Universo, era y es concebida –por la francmasonería clásica- como clave hermenéutica de su sistema moral, educativo y filantrópico, se dio una gran escisión de tipo doctrinal o ideológico análoga en algunos aspectos a la que se dio entre católicos y protestantes. Sin duda hay notables aspectos diferenciales: la masonería clásica no tiene papas ni dogmas, sino unos puntos comunes que se aceptan o no y pueden interpretarse de múltiples modos; además, no se trata de religiones que se dividen por una herejía sino sistemas de conocimiento y formación, donde unos siguen la tradición y la referencia trascendente e infinita y otros, sin necesidad de negarla, necesariamente, no la exigen y tan sólo la eliminan de los rituales. De hecho hay creyentes y aun católicos también en las obediencias en las que no se hace referencia alguna a Dios, ni positiva ni negativamente.

Aunque la francmasonería no es una religión y cada uno de sus miembros puede libremente practicar o creer en la religión que considere oportuno sin por ello renunciar a ella ni mezclarla con otras, si no quiere, tal y como sucede con los sincretismos, la referencia a la transcendencia era y es fundamental en la masonería clásica. Incluso en aquellas masonerías reformadas o renovadas que han eliminado el concepto de Ser Supremo o Gran Arquitecto del Universo en sus ritos también se mantiene una percepción de lo sagrado en cierto modo difusa, como de transcendencia, aunque no coincida necesariamente con la noción común que suele tenerse de Dios.

En la masonería clásica ha sido tradición practicar alguna de las grandes religiones, especialmente en países como EEUU o el Reino Unido, sean cristianos anglicanos, luteranos, católicos o musulmanes, entre otras posibilidades, sin embargo, también se dan miembros sin una religión definida o institucional, sino más bien con una religiosidad

personal, pero siempre con esa visión trascendente. Todos ellos, eso sí, tendrían que respetar la libertad ajena en sus creencias, la libertad de conciencia y practicar la tolerancia. Pueden criticar otras formas de religiosidad, pero en las reuniones rituales con sus hermanos habrían de abstenerse de ello y en el trato común intentar evitar la confrontación y buscar más bien el diálogo apaciguado y fraternal, intentando una mayor comprensión mutua. Si la masonería no tiene dogmas propios, sí requiere unos requisitos en la concepción del mundo que se refleja en sus ritos y luego cada individuo los podría interpretar libremente y a su manera. Religiones como la de los antiguos aztecas o el culto a Moloc, donde se den sacrificios humanos, o interpretaciones religiosas que soporten la tortura y ataquen la libertad y la tolerancia, como en los tiempos de la Inquisición, difícilmente podrán sostenerse por sus miembros, lo mismo que las que propugnan una jerarquía inmóvil en lo social, como en ciertas interpretaciones del hinduismo, por chocar con la idea de igualdad. Sin embargo, todo ello se ha dado históricamente –aunque no conocemos seguidores de los que arrancaban corazones o arrojaban niños a la boca ardiente de una gigantesca y terrorífica estatua–.

La francmasonería que continúa los ritos y la tradición de una forma más pura o fiel, que es la que se llama regular (en el sentido de regularizada, no de que sea regular o mediocre, pues debería pretender siempre ser de excelencia y por tanto ser sobresaliente), aquí se denomina tradicional o clásica. La masonería que rompió con ese principio trascendente y formal de referencia en sus ritos y acciones al Gran Arquitecto del Universo es la que va a engendrar otras ramas, a partir del Gran Oriente, escindiéndose luego de unos u otros en una gran multitud de variantes, algunas manteniendo el rito tal cual era salvo en esa referencia al Ser Supremo y lo que acompañaba de elementos cristianos o religiosos; otras obediencias, en cambio, cambiarán muchos más elementos y a sí mismas se denominan liberales, los regulares les llaman irregulares, aunque cabría también denominarla masonería reformada o renovada. Esto no implica que entre sus miembros no haya también creyentes en ese Gran Arquitecto del Universo, cristianos o de otras confesiones, sino que formalmente puede haberlos de cualquier creencia y también ateos, etc.

En este sentido, la Gran Logia de España pertenece a la masonería clásica, que es la más extendida en el mundo y se reconocen entre sí con más de 250 obediencias repartidas por todo el planeta (normalmente, cada país tiene su propia obediencia, aunque hay excepciones, por ejemplo, en el Reino Unido o en EEUU). En ocasiones también hay obediencias de tipo clásico no reconocido –se llaman “obediencias” porque sus miembros respetan la jerarquía formal y obedecen ritualmente, es decir, al practicar el rito según sus tradiciones, pero no es ni tendría que ser porque obedezcan en sus vidas privadas o públicas a otras consignas que a las propias y personales–. Pueden ser igual a las otras clásicas pero no estar reconocida por la decana, Inglaterra, que recuerda, aunque sin papas ni dogmas, salvadas las distancias, al Vaticano frente a los diferentes ritos o modos de entender el cristianismo. Sin embargo, pueden estar reconocidas por otras masonerías clásicas y así, por ejemplo, Inglaterra puede retirar el reconocimiento a Italia pero Austria, Francia o España mantenerlo. También puede darse así por una escisión de tipo político, no de política “profana” o en sentido estricto, sino por disensiones entre logias o grupos, de manera que se escinden para reorganizarse en dos o más agrupaciones. En cada país sólo suele admitirse a una, para evitar conflictos jurisdiccionales, aunque sean en todo tradicionales y clásicas dichas asociaciones. Así puede ocurrir que varias obediencias sean en el fondo lo mismo en cuanto a rituales, ideario y modo de actuación, pero una estar reconocida y otras no. Otras, sin embargo, han ido variando en sus modos y estilo,

pero en principio, para reconocerse en cuanto masones han de mantener ciertos contenidos del rito iniciático, como un camino interior a través de los símbolos y las ceremonias, pero también con un mínimo de pensamiento compartido en el que se han de dar en común la idea de fraternidad, la igualdad esencial de los seres humanos y la libertad, tanto en los ritos como en la conducta interior y exterior de sus miembros. Sin duda esto puede desviarse en algunos y convertirse en otras asociaciones, a veces de estilo sectario, así como cambiar de orientación, según ocurrió con los *Iluminati* de Baviera.

Entre las grandes obediencias o grandes federaciones de logias que tienen un reconocimiento mutuo como masones tradicionales y en teoría “puros” conforme a su origen, estarían las que son regularizadas o aceptadas por la Gran Logia Unida de Inglaterra y todas las que entre sí así se admiten. El reconocimiento de esa red de logias regularizadas o clásicas pretende ser una especie de certificado de “ortodoxia” o pureza masónica en línea con su tradición, a partir de 1717, que preserva con especial cuidado los rituales más antiguos de los que disponen y, sobre todo, sus constituciones, las de Anderson. Es cierto que hay elementos que con el tiempo fueron cambiando y esa masonería que surgió siendo cristiana y católica, como se ve en sus más antiguos ritos, luego fue abriendo sus puertas y cambiando sus ritos para poder admitir a los protestantes y después a los que tenían otras creencias. E incluso se inventaron o reelaboraron hasta un alto grado los rituales, especialmente durante el siglo XIX, aunque con un esquema elemental muy similar en su fondo. Un caso especial dentro de las grandes logias regulares o clásicas es la obediencia holandesa, que se escapa al criterio del mantenimiento estricto de la tradición legada pues pueden inventarse ritos hoy, supervisados en sus contenidos por los grandes maestros y sus órganos directivos para que no se aparten en lo esencial de lo que son, y mantienen en ellos los elementos que se consideran fundamentales. En este sentido la Gran Logia de España es mucho más tradicional o clásica, especialmente en la última década, aunque admite ritos antiguos variados que en Inglaterra no se usan y por eso en sus logias se practican rituales como el de Emulación, York, Escocés antiguo y aceptado, Escocés rectificado, Francés, etc. Pero siempre intentando ser los más fieles a los textos antiguos y legados por esa rica tradición.

El panorama de la masonería española es plural; unas obediencias están más ligadas al estilo del Gran Oriente de Francia, en cuyo seno se dieron con más frecuencia brotes de masones anticlericales y radicalmente anticatólicos, especialmente durante el siglo XIX y hasta mediados del XX, aunque también tengan miembros católicos, y otra, más ligada a la Gran Logia Unida de Inglaterra y por tanto de estilo y modos más clásicos que, en nuestros días, es la mayoritaria. Esta francmasonería se caracteriza, frente a las otras, por el reconocimiento dicho pero también por no tomar postura institucional alguna en lo político o en lo religioso. Así sus miembros no tienen por qué seguir ideas dictadas por la institución o las declaraciones de sus dirigentes, de modo que pueden sentirse más libres, ya que cada uno hace y dice públicamente lo que quiere, como individuo y hasta como masón pero a título personal. En su seno pueden hallarse, como ha ocurrido, desde clérigos católicos –si bien la postura del Vaticano sigue siendo oficialmente contraria y declara a éstos en pecado mortal- o protestantes hasta masones anticlericales, pero todos ellos han de admitir la idea transcendente de un principio universal regulador del universo que suele ser personal, cercana a la idea de Dios, denominado Gran Arquitecto del Universo, de modo que en sus encuentros rituales se hacen plegarias y todo a ese principio se refiere. Al igual que en un club de fútbol pueden encontrarse gentes de muy diferentes opciones ideológicas o religiosas sin que dicha asociación imponga ciertas ideas, así sucede o debería suceder con la masonería clásica. Aunque actualmente pueden

encontrarse publicados en muchos sitios los rituales editados incluso para los profanos, es cierto que se cultiva la discreción, el secreto en torno a ellos, debido a la importancia que tiene una vivencia compartida en un ámbito recogido y fuera de las referencias mundanales, para ser sorprendidos sus miembros no sólo por los símbolos sino también emocional y volitivamente. Luego, esas ceremonias las vivirán repetidas en otros a los que guiarán por esos laberintos de formas que pretenden cultivar la dimensión del misterio. Todos ellos, pese a sus diferencias religiosas, políticas, sociales, de rango, económicas o culturales, han de trabajar unidos en respeto y afecto mutuo buscando lo común para sus labores intelectuales o de perfeccionamiento. En la Gran Logia de España, como suele suceder en las obediencias regularizadas, se cuida además el porte externo, buscando siempre la elegancia, la excelencia, el trato aristocrático entre sus miembros y el respeto, cuidando por tanto las formas de tratamiento en modos refinados de respeto a sus cargos y figuras, aunque a veces esto no suceda como debiera ser en teoría, ya que están elegidos por ellos mismos y se van renovando con el tiempo en sus funciones, como en un juego de rol o un teatro donde se ensayan diversas posiciones para conocerse y conocer mediante esto a la humanidad representada en esas pequeñas células. Sus miembros pueden ser entonces políticos o apolíticos y con tendencias anarquistas, papistas y anticlericales, realistas y republicanos, pero siempre con una tendencia liberal y tolerante, así como igualitaria, que busca el bien de la humanidad en general. A esta francmasonería clásica pertenecen algunos de los más famosos miembros de la historia mundial de la francmasonería, junto a los personajes mencionados antes de la francmasonería francesa, varios reyes ingleses, primeros ministros como Wiston Churchill, estadistas, pensadores y científicos de la Royal Society o de otras instituciones británicas como Alexander Fleming, o Edmund Burke, escritores como Alexander Pope, Edward Gibbon, R. B. Sheridan, Walter Scott, A. Trollope, Arthur Conan Doyle, Ruyard Kipling, Oscar Wilde o artistas como W. Hogarth o John Soane. En EEUU, numerosos presidentes del gobierno, desde George Washington o personajes como Benjamin Franklin, etc. En el mundo germánico, reyes como Federico II de Prusia o escritores y filósofos como Lessing, Herder, Goethe, Fichte o músicos como Mozart y Haydn. En el caso español, reyes como Amadeo I o numerosos presidentes del gobierno y ministros, generales y escritores o artistas como el Duque de Rivas, Espronceda, Iriarte, Larra, etc. Grandes masones iberoamericanos como Bolívar, Sanmartín, tampoco deben olvidarse.

Sin duda, también hay relevantes figuras en otras obediencias, pero estas figuras representan iconos irrenunciables para su historia y cultura en una institución que pretende mantener sus “esencias”, siempre con esa referencia al principio ordenador del universo, normalmente entendido de modo personal, clave para ordenar sus trabajos y proporcionar un horizonte de sentido o marco, como G. Steiner comenta, mediante el que puedan situarse para potenciarse hacia lo infinito. El contexto así es divino, aunque cada uno tenga su religión o sus propias creencias o filosofía, de hecho, los que carecen de religión institucional a veces utilizan las ceremonias masónicas como una forma de plegaria u oración suave y más o menos difusa, mientras que los pertenecientes a una iglesia o institución religiosa con ritos propios ya tienen en ella, si asisten con asiduidad, su rito específico de referencia a Dios (ciertos tipos de budismo a parte) o a lo divino de modo que es más en el aspecto humano el que encuentran en ese marco, pero con un encuentro en ese marco de referencias con otras confesiones o creencias distintas. Algo así como una especie de encuentro ecuménico pero sin renunciar cada uno a sus creencias ni tratarlas, simplemente unidos para celebrar un rito con el referente al Gran Arquitecto del Universo. No mezclan sus creencias con otras, como hemos visto, pues éstas no se tratan ahí, de modo que con ese contexto pueden ellos mismos leer sus propias vidas o la



sociedad y las naciones como un ámbito de reflexión. Aunque se pueden establecer unos principios éticos basados en la razón y en el corazón (no podemos olvidar las enseñanzas de Schleiermacher, si bien no pueda tomarse su orientación como un modo único y exclusivo de enfoque religioso), sin tener que acudir a la idea de Dios como regulador normativo, Dostoievski bien vio, con su célebre frase: “si Dios no existe todo está permitido”, que para no pocos seres humanos es necesaria la referencia al Principio Inteligente y Bueno a fin de orientar sus vidas y explicar nuestro mundo y con él nuestra referencia al deber. Asimismo pensaba Voltaire, considerando que aun dudando de Dios, era necesario mantener su idea para que las gentes se comportaran moralmente y por eso él mismo construyó una capilla con la advocación dedicada directamente “a Dios”, así, en general, sin santo alguno como mediador u otras referencias.

Este elemento peculiar, clave de la masonería clásica, lo es también de la Gran Logia de España y, con él, los elementos anteriores que entraban en las definiciones de masonería que hemos visto al principio. Además, por motivos basados fundamentalmente en la tradición, aunque haya ejemplos históricos en Francia, Alemania o España de participación femenina, dichas obediencias siguen siendo exclusivas para varones. Los hay quienes defienden la separación argumentando la distinta sensibilidad masculina y femenina, como diferente orientación ante el mundo, no negando por ello las llamadas logias de adopción para las mujeres, pero éstas no son iguales a las masculinas. Aunque esto cada vez es más cuestionado, otras obediencias renovadas o no regulares hay que son mixtas o bien tienen logias masculinas y otras exclusivamente femeninas.

¿Cuál es entonces el pensamiento propio de la Gran Logia de España? Ninguno que difiera de la masonería universal clásica, donde el respeto a las tradiciones rituales, a la elegancia y el respeto por lo otro pretenden ser máximos. Pero más allá de ahí, aunque en los rituales se leen ideas filantrópicas y se busca la perfección moral e intelectual, se anima el esfuerzo por conocer cada uno en la medida de sus posibilidades las ciencias y las artes, al desarrollarse todo mediante símbolos que cada miembro interpreta libremente, pues como hemos dicho, no hay dogmas, sólo referentes que la libre conciencia de sus miembros pueden usar o no, interpretar o valorar. Por ejemplo, los masones de la Gran Logia de España, como en la mayoría de las masonerías clásicas, se comprometen en sus ritos a ser fieles a las leyes legítimas y a no conspirar contra el poder legítimamente constituido, pero pueden interpretar cuándo éste es verdaderamente legítimo y qué cosa es realmente una ley y hasta dónde tiene el derecho de obligar o no.

En general, coinciden en unas inquietudes espirituales que incluyen un afán de perfección humana en todas sus facetas, equilibrándose entre unas y otras, con ese marco de referencia universal de Infinito divino en el que se impregnaría el amor a la humanidad en su conjunto. Por ello la masonería clásica, aunque sus miembros se sientan y declaren escogidos, como una élite en actitudes y saber ante los demás, tienen que ser hombres unidos a los demás hombres, según se declara en sus textos, y no deben constituir nunca algo parecido a una secta; no hay una doctrina fija y unos dogmas ni una obediencia fuera del ritual a unos gurús o jefes que ordenen la vida privada, más allá de solicitar una cierta asistencia que también depende de las circunstancias de quien entra y cómo lo interprete, ya que lo primero debe ser él mismo y su familia, antes que la institución. Por ello, los que dejan la institución no son desdeñados sino que en principio se les sigue considerando como hermanos, iniciados, aunque en sueños, no activos en el campo ritual pero sí en el personal.

Todavía hoy hay quienes en España confunden la masonería con una secta de estilo anticlerical, anticristiano y republicano, implicada en élites conspiradoras que pretenden cambiar gobiernos; a ello contribuyen los cuarenta años de dictadura política en donde el jefe del estado no cesaba de proclamar y proyectar esa visión que también tiene origen históricamente en algunos masones del pasado. Pero ahí suele confundirse la masonería con las actividades personales de algunos de sus miembros, entonces enfrentados políticamente e ideológicamente con gobiernos no tolerantes ni donde la libertad estuviese garantizada, así como con las estructuras eclesiásticas en la medida en que ayudaban a mantener esa situación. Además, se confunde la masonería clásica con otros tipos de masonería renovada que hicieron proclamas políticas, republicanas, laicistas, etc. A ello contribuye el desencuentro entre el papado y la masonería, primero por su excomunión a los masones, apenas argumentando motivos o siendo éstos no compartidos por los acusados que también se sentían malinterpretados o veían dichas críticas de débil carácter argumental para tales condenas, lo que hizo aumentar las distancias, llegando a su cumbre con la unificación italiana, liderada por muchos masones, como Garibaldi o Mazzini, y la lucha frente al poder absolutista del papa en sus territorios, que se le expropiaron, así como por la proclamación del liberalismo, libertad de cátedra y de culto, la neutralidad del estado en materia de fe, etc. El ataque al poder temporal de la monarquía papal, de carácter autocrático, fue algo que encendió también otros sentimientos y actitudes anticlericales y anticristianas en algunos masones, también por las condenas que recibían sus miembros. Desde entonces, aunque en los últimos años ha habido un cierto acercamiento, el papado ha parecido no distinguir entre la masonería clásica y la reformada, condenando todas en conjunto.

La masonería clásica, aunque en el Supremo Consejo del Rito Escocés Rectificado se habla de ideales de justicia, libertad, etc., también tiene en los rituales algunas concepciones generales o filosóficas acerca de lo político, la conciencia, etc., si bien son muy generales, desde un punto filosófico, no desde la política práctica de un lugar, pero cada miembro es capaz luego de tomarlo simplemente como símbolos, como directrices que puede o no seguir, según sus propias concepciones. Al menos es así ahora, aunque en su tiempo fueran planteamientos muy progresistas que tal vez tuvieran que compartir los que en esos grados trabajaban. En teoría, cada individuo ha de tener plena libertad, del mismo modo que cada logia o agrupación de masones que trabajan en torno a un ritual es soberana y en cierto modo independiente, siempre y cuando cumpla con los mínimos aspectos comunes de ritual y de organización general. La libertad es asimismo la que va incluida en el símbolo, ya que son mensajes abiertos, aunque algunos los tomen como afirmaciones absolutas y las crean y crean que deben aceptarse, y por tanto son interpretables por los miembros que, según sus estatutos, debieran ser libres y de buena reputación, con buenas costumbres, es decir, con una moral sana.